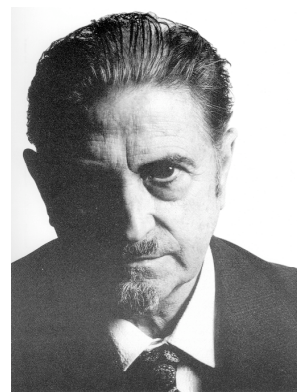


Nueva visita a Gregorio Prieto

Francisco Prieto

Han pasado más de trece años desde que Gregorio Prieto murió a los noventa y cinco años. Francisco Prieto evoca al famoso pintor manchego en sus últimos años; su amistad con García Lorca y con Alberti; su afectuosa convivencia con Cernuda; el museo de su natal Valdepeñas; su recuerdo por los amigos idos y, sobre todo, sus silencios.



El 14 de noviembre de 1992 falleció, a los noventa y cinco años de edad, el pintor Gregorio Prieto. Se dejó morir.

Desde hacía algunos meses no le apetecía comer. No padecía ninguna enfermedad. Gregorio Prieto decidió prepararse para la muerte, a la que tanto temía, a raíz de un accidente en Madrid en 1988. Cayó al piso de su casa y perdió el conocimiento. Estuvo tres días inconsciente y perdió mucha sangre. A la portera del edificio en que vivía, el número trece de la calle del General Perón, le extrañó que en todo ese tiempo no le pidiese de comer. Que no le viera salir a la calle. Sabía, empero, que a diferencia de los años setenta, y muy especialmente a raíz de la muerte de Franco, cuando contemporáneos y jóvenes artistas asediaban al pintor, ya en los ochenta las visitas escaseaban y Prieto parecía haber perdido el gusto por la vida. Tres días, empero, eran muchos días. La mujer decide ir a su encuentro; el hombre no responde. Recurre a la llave maestra pero las dos puertas tienen más de un seguro. La mujer llama a los bomberos que hacen su trabajo, encuentran al artista en estado crítico y lo llevan a la Cruz Roja. Sometido a terapia intensiva, pasa luego varios meses en recuperación: ya no podrá caminar si no es con la ayuda de un andador. Dos personas lo visitan

asiduamente, la novelista Rosa Chacel, contemporánea suya, y el alcalde de Valdepeñas, Esteban López Vega. Esteban le aconseja que regrese a su ciudad natal. Prieto decide hacerlo, pero no a su casa, sino al asilo de Nuestra Señora de la Consolación. Un año antes me había comentado:

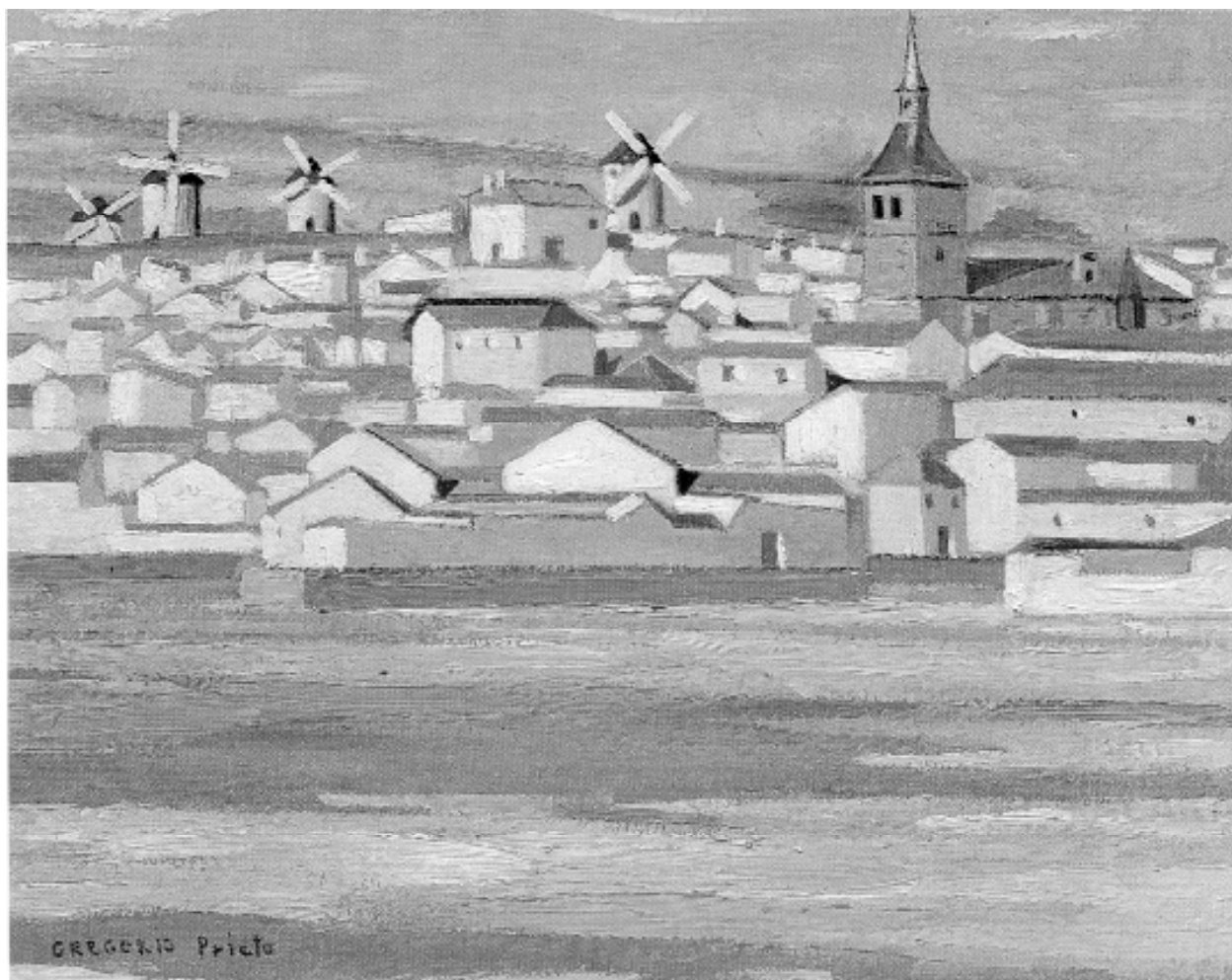
—Ya he cumplido noventa años. Ya no me importa a que se sepa mi edad, ¿sabes? Me siento bien, pero *ella* puede llegar en cualquier momento.

—Gregorio, ¿por qué no regresas a Valdepeñas?

—¿Y qué voy a hacer yo en Valdepeñas?

Tenía todavía proyectos, si bien no tantos como en 1972, cuando iba muy avanzado en su hermosísimo libro sobre Luis Cernuda y realizaba las ilustraciones para la Biblia de Europa. Un año antes del accidente, Prieto, si bien había dejado de pintar, estaba ocupado en un proyecto que se hizo realidad en 1990, el Museo Gregorio Prieto que, ese año, inauguraría don Juan Carlos. Un año antes del accidente había dejado el vino por la leche:

—He leído que la leche propicia el cáncer en los adultos. Figúrate, es ya lo único que bebo con gusto. ¿Has venido en auto o en el autobús?



Campo de Criptana

— En el autobús.

— Mejor. Entonces toma todo el vino que apetezcas.

Desde que Gregorio Prieto regresó a España, después de su largo exilio en Inglaterra, a mediados de los cincuenta, siempre hubo en su casa un vino excelente que le obsequiaba Cayetana de Alba, descendiente de aquella otra que Goya pintara desnuda y vestida, y aún más revoltosa.

En 1987, la casa de Dalí en Cadaqués había ardido. Era el mes de mayo, me encontraba allí y Gregorio me pidió que lo visitara una vez que me desocupara de mis actividades y le leyera las crónicas, “puedo leer, ¿sabes?, pero me fatiga mucho”. Con la muerte de Dalí, sólo quedarían dos de sus amigos entrañables de la generación: Rosa Chacel y Rafael Alberti. Oía, ávidamente, mi lectura:

— Yo estoy bien, ¿sabes? Pero parece que es inevitable que hay que morir.

Ya no pintaba y esto fue decisivo para aquel hombre que había vivido solo toda su vida. Su última obra era el Museo. Pocos meses antes de que éste abriera las puertas al público con la presencia del rey de España, Alicia, mi mujer, y yo pasamos una tarde con Gregorio.

— ¿Cómo será eso de morir? ¿Sabéis? Me han enviado a un sacerdote para que me confesara. Un hombre muy joven a quien he acabado confesando yo.

Quince años antes, en su piso de Madrid, nos había confiado:

— Yo no soy creyente, pero creo en la concepción del Señor. ¿Podéis imaginar algo más surrealista?

En 1989, y después de tres horas de charla en el asilo, Gregorio nos despidió a la hora de la cena:

— No quiero que mi amigo coma solo. Es maravilloso hacer una amistad a mi edad. Es mi compañero de cuarto, un maestro a quien no visita nadie.

Lorca lo deslumbraba, alegraba su vida,
lo tornaba desenvuelto y brillante, pero en
Cernuda encontraba algunos de sus demonios.

Cuando el rey, en febrero de 1990, inauguró el Museo, abrazó a Gregorio que le dijo:

—¡Qué lástima que no haya venido Sofía! A ella sí me hubiera gustado verla.

EL MUSEO GREGORIO PRIETO

Gregorio Prieto dejó toda su fortuna para la construcción de un museo para Valdepeñas, la ciudad que abandonara antes de los veinte años cuando marchó a Madrid a estudiar ingeniería, que era el deseo de su padre y, claro, pintura, que era el suyo. Curiosa imposición la de su padre, mi bisabuelo Ciriaco, un ebanista reputado de La Mancha que emigra a Madrid con su segunda esposa, Tadea, y todos sus hijos, menos uno, mi abuelo, que había marchado a Nueva York porque no deseaba ser cura, con el propósito de probar fortuna en la Corte como dramaturgo. Volvió a Valdepeñas para entregarle un museo y morir.

El Museo Gregorio Prieto no sólo contiene las obras más importantes del artista en sus diversos periodos, sino todos los dibujos de Federico García Lorca que Prieto, desde que Lorca se los regaló, guardaba, celosamente, en su casa. En efecto, ya se había iniciado la guerra cuando Gregorio visitó a Federico en Madrid. El propósito fue el de persuadir al poeta de que se marchara con él a Inglaterra. Lorca se rehusó y le dijo que buscaría protección en Granada donde todos lo conocían, él no había hecho mal a nadie; además, la política y la carabina de Ambrosio le eran lo mismo. Prieto procuró hacerle entender que los falangistas no toleraban los espíritus libres, ellos eran mal vistos y más bien temprano que tarde, el odio a la vida caería sobre ellos. Pero Lorca, supongo, quería morir joven. ¿Lo pueden ustedes, acaso, imaginar viejo? Federico, cuando ya Gregorio estaba para marcharse, le dijo “¡espera!”. Fue hacia un cajón, recogió sus dibujos y pinturas, “son para ti porque sé que te gustan”. Y Gregorio se llevó a Inglaterra la obra plástica del poeta de Granada.

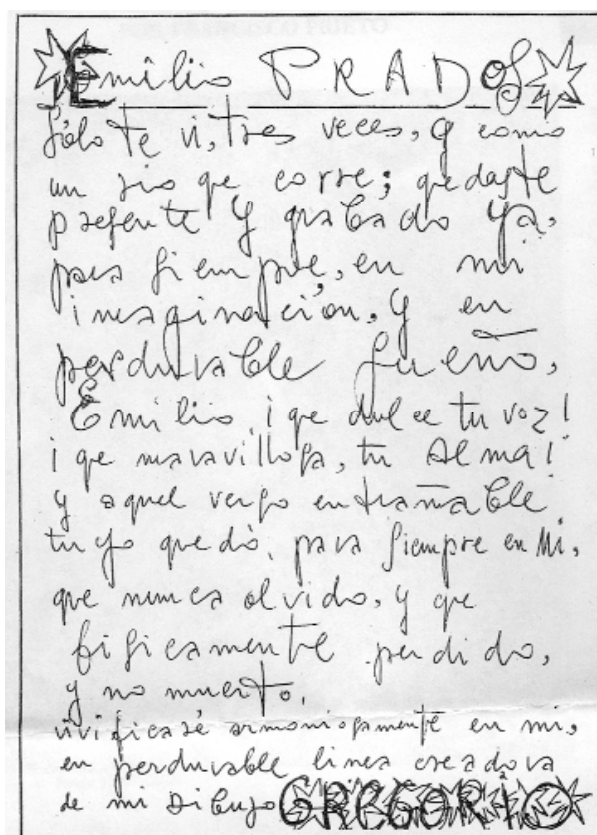
El Museo de Gregorio Prieto es una antigua casona de Valdepeñas que es hoy también el hogar de cuadros que Picasso, Bracque, Dalí y muchos otros regalaban al pintor manchego. Contiene, además, una de las mejores colecciones de arcángeles medievales y renacentistas así como de palomas que, a lo largo de la historia europea, han representado al Espíritu Santo. Semejando un bodegón de vinos, con toneles inmensos, hay una galería destinada a acoger exposiciones de jóvenes pintores manchegos que sirve, también, como sala de conferencias y lugar de reunión para los poetas de la ciudad.

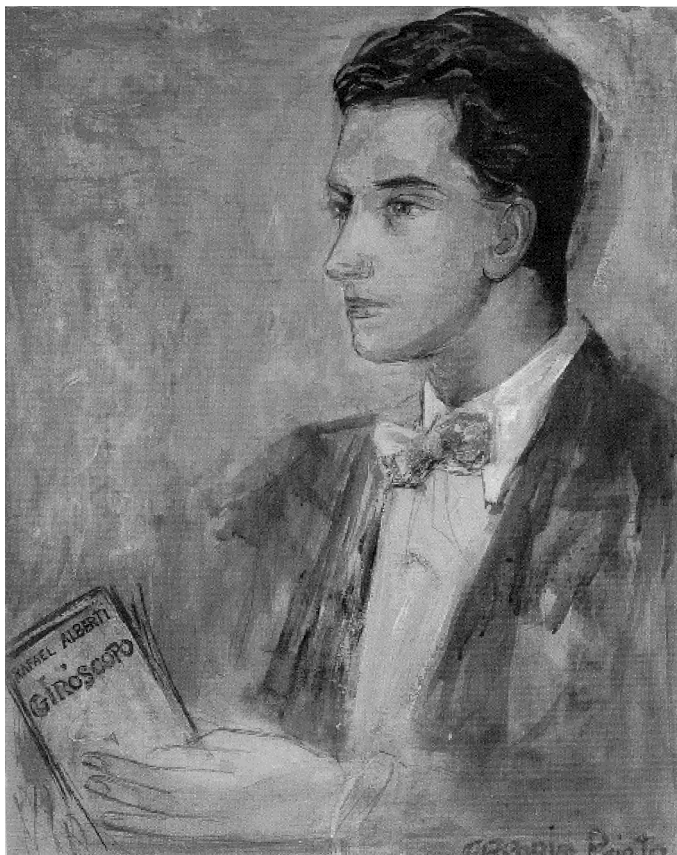
Los investigadores de la generación del 27 pueden consultar en el Museo el archivo del pintor con la correspondencia que, a lo largo de su vida, sostuvo con Al-

berti, Aleixandre, Cernuda y, por supuesto, Federico García Lorca. Si éste fue su amigo más íntimo no sólo lo dibujó como a los otros, no sólo su rostro aparece en innumerables pinturas suyas, sino que lo pintó al óleo, una vez, en un desnudo —que el odio a la vida de unos falangistas destruyó para siempre—, si Lorca, digo, fue su amigo más íntimo, su amistad con Cernuda fue, asimismo, entrañable. Lorca lo deslumbraba, alegraba su vida, lo tornaba desenvuelto y brillante, pero en Cernuda encontraba algunos de sus demonios. “Muchas veces he deseado entrar a un café, pero mi timidez me lo impedía. Claro que ya sentado a una mesa y con amigos, en confianza, puedo hablar hasta de más y ser el centro de la reunión”. Así le pasó, por cierto, cuando Rafael Alberti habló con admiración de su pintura a Enrique Díez Canedo y éste lo citó en un café de Madrid, uno de esos cafés llenos de luces, de gente, de jolgorio. Prieto entró dominado por los nervios y dando tropiezos. Alberti tuvo que ir por él pues no reconocía a nadie. Pasó tiempo para que se confiara y fue Díez Canedo quien tuvo que poner final a una reunión que fue el inicio de una amistad. (Prieto pintaría más adelante al célebre crítico en un fascinante retrato al óleo con un discreto y encantador fondo cubista.)

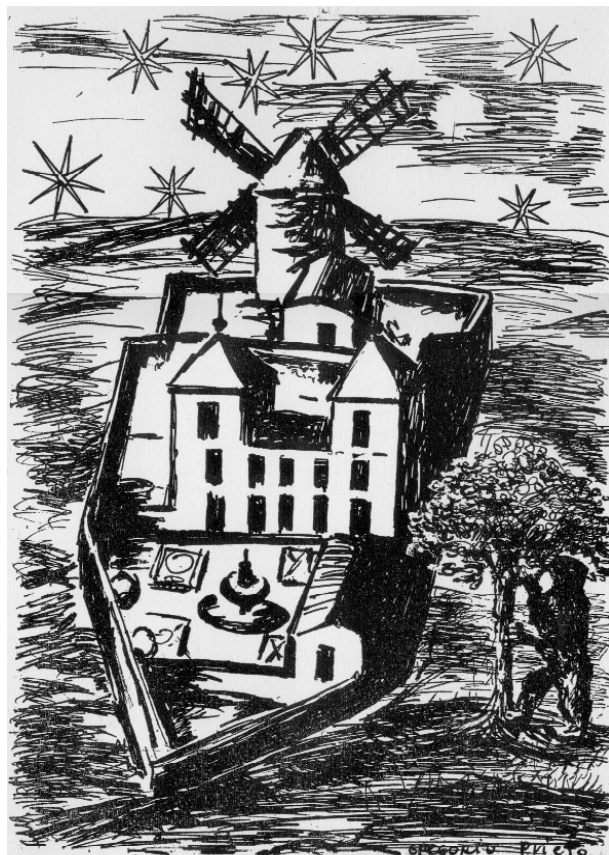
LUIS CERNUDA

A Cernuda, como a Lorca, dedicó Gregorio Prieto un libro. Vivieron ambos juntos en el piso que Prieto tenía en Oxford.





Retrato de Rafael Alberti



El último molino de Madrid

—Yo creo que Luis murió casto —me dijo en una ocasión—. Era rarísimo. Figúrate que una vez llega a casa y me dice “he conocido a una hija de Salvador de Madariaga, bellísima, he hablado mucho con ella y la he invitado a tomar el té hoy por la tarde, vendrá dentro de un rato, dile, por favor, que no estoy”. Se encerró en el baño y no salió hasta que la hija de Madariaga se había marchado. Era, en verdad, una mujer encantadora que se había enamorado de él. Vivimos juntos muchos meses, casi un año, él no sabía cómo ganarse la vida. La mayoría de los días no me hablaba. Yo descubría cuando las tormentas interiores lo ahogaban. Merodeaba en torno mío sin atreverse a decirme nada, con una gran necesidad de hacerlo. Más de una vez, dejaba yo de trabajar y, sin mirarlo, consciente de que, pretendiendo ocultarse, me observaba, le gritaba: “¡anda, desembucha!”, y sólo entonces se atrevía a contarme. Llegué a cansarme.

Y Cernuda escribiría sobre Gregorio Prieto:

Es curioso que ese pintor, que se ha caracterizado por el sosiego de la forma, sepa también animarla con un estremecimiento de pasión. Todo artista, en general, actúa a su manera la fábula de Pigmalión, pero esto el público no lo percibe. Yo he visto a Prieto, aun en momentos de preocupación y zozobra, inclinarse durante un paseo para recoger del suelo una hoja o una flor, sumergirla en agua luego al regreso, y, sentándose a contemplarla, olvidar su preocupación. Es esa una cualidad humana sólo a partir de la cual existe el artista.

GREGORIO PRIETO Y ALFONSO REYES
LA PINTURA DE PRIETO

Hace aproximadamente un año, en mi programa radiofónico “Huellas de la historia”, dedicado esa semana a García Lorca, lo entrevisté telefónicamente. Al concluir la entrevista me preguntó:

—Paquito, ¿cómo está Alfonso?

—¿Alfonso?

—Alfonso, sí, Alfonso Reyes.

—Ya murió. Hace mucho tiempo.

—Qué pena, todos se están muriendo.

Si Díez Canedo organizó y promovió la primera exposición de Gregorio Prieto en Madrid, fue nuestro Alfonso Reyes quien hizo lo propio en París donde era el embajador de México. Reyes, emocionado por la persona y la pintura de Prieto, le dedicó un poema que es un homenaje a su arte:

También me figuro que hoy Gregorio Prieto estará más hecho a la vida, más duro y elástico y con la mirada más fija. ¡Cuando apareció por París era todavía un muchacho! Iba por la calle sin sombrero y con unos ojos azorados... Desde entonces Gregorio Prieto podía entrar y salir de mi casa. Había inventado unas simples naturalezas muertas para —entre frutas, flores, libros y pajaritas de papel— evocar a sus poetas. De esta suerte dedicó unos cuadros a Juan Ramón, a Alberti, a Lorca y a Jean Cocteau:

Algo como un poema que a la vez fuera un bodegón.

Sentía una gran alegría por la libertad que recuperaba la juventud española y se vivía más próximo a aquellos jóvenes que a la mayoría de sus contemporáneos.

Ahora veo que a mí me regala con un tiesto de rosas, unos libros míos, un Rey de barajas, una alusión a Corot y unos Reyes Magos de palo, y tan colmado me siento que le envío este poema en pago...

Los cuadros del chico Prieto son una delicia lograda:

Casas y paisajes manchegos en una luz clara, casi imaginada.

En temblores de nubecitas giran los molinos de Crip-tana...

¡Y el pueblo aquel del Romeral, donde, al pie de todos los muros, una cinta azul ata el límite de la cal—para que la cal no se venga al suelo, me figuro!

vida, con nuevos bríos, pasados los setenta años, cuando la noche quedaba atrás.

Siempre que lo visité en Madrid, cuando ya me despedía para regresar a México, me pedía que saludara a Luis Buñuel.

—Luis, desde joven, se sentía viejo. Caminaba como viejo, hablaba como viejo. ¡Qué viejos los de las películas de Luis!

Como casi no leía los periódicos, un día le dije:

—¿Pero no te has enterado que murió?

Su cara se ensombreció. Hizo un largo silencio y, luego me dijo:

—Todos se están muriendo, ¿verdad? **U**

PRIETO O EL AMOR A LA VIDA

Gregorio Prieto incursionó por las formas más diversas: cubismo, impresionismo —a juicio mío lo mejor de su producción—, realismo, surrealismo y, en sus últimos años, introdujo en España el llamado arte “camp”. Los jóvenes rebeldes de los setenta lo buscaban y él era feliz en su compañía con una especial predilección por Serrat y Massiel. Con ellos, y con muchos otros, organizó una manifestación en Madrid, una marcha hacia la Puerta del Sol para que se levantara en ella un molino semejante al que fuera propiedad de Lope de Vega, que estaba precisamente ahí y del que, naturalmente, nadie tenía noticia. (No hay que olvidar que fue gracias a Prieto que los molinos de viento fueron salvados y hoy se yerguen otra vez, imponentes, a lo largo y ancho de la llanura manchega.) No contento con esto, inició una campaña para la beatificación de Isabel la Católica y recurrió, incluso, al comunista Alberti, “ya ves que este papa es medio rojillo (se refería a Paulo VI) y quiere bien a Rafael que vive en Roma”.

—Pero, Gregorio —le dije en Madrid— si tú no eres creyente.

—Eso no importa. Si la Iglesia hizo santa a Juana de Arco, que fue una nacionalista, ¿por qué no a Isabel que era ecuménica?

Sentía una gran alegría por la libertad que recuperaba la juventud española y se vivía más próximo a aquellos jóvenes que a la mayoría de sus contemporáneos. Ellos le hicieron recuperar la juventud y reemprender la



Gregorio Prieto en Taormina